

EL PARAGUAS MISTERIOSO

(Novela en colaboración. — El capítulo próximo será escrito por el doctor Ingegnieros.)

CAPÍTULO I

EL DIPUTADO NERPRUN



masas populares que, con su voto espontáneo y libre, me constituyeron depositario del mandato imperativo por cuyo triunfo sacrificaré mi sangre y mi vida, y la vida y la sangre de todos los hombres libres de pensamiento y libres en el desarrollo de la acción.

Un aplauso estruendoso hizo retremblar el salón de sesiones de la cámara de diputados.

Ante aquella elocuencia fulgurante ante aquellos acentos de bronce, parecían desprenderse de los muros como ecos vagos, armonías sutiles que no eran sino los ecos dormidos de elocuencias pasadas, fantasmas invisibles de convicciones cuyos cerebros productores dormían para siempre el sueño que no tiene pesadillas, el sueño que no tiene despertar.

—Parece que se han producido algunas grietas en la pared divisoria— dijo en voz baja el comisario del congreso.

—Así es, en verdad— agregó un saigento.

—No es posible, señor presidente; no es posible señores diputados— continuó el orador cuando los clamores y los ecos se apagaron —en la Naturaleza no existen misterios; y, para el pensamiento del hombre, sólo hay más ó menos evidencia de los hechos conocidos y la conciencia de una masa colosal, indefinible, de hechos por conocer, de verdades que aún duermen en el seno...

—En el seno misterioso de lo desconocido— interrumpió uno de los diputados, redondeando la frase.

—No, señor, está Vd. equivocado— rugió el orador que con más derecho hacía uso de la palabra, —no, señor, el seno de lo desconocido no es misterioso, es simplemente desconocido. ¿Cuándo emplearemos el lenguaje del sentido común para poder entendernos?

—Cuando lo desconocido no tenga seno— respondió el interruptor, cuya interrupción habría de tener consecuencias gravísimas en el curso de los debates y aún en las relaciones personales de muchos de los diputados, como se demostrará en el curso de esta narración.

Lo que entonces ocurrió, no tenía precedente en los fastos parlamentarios de la República Argentina. Nunca un coro más destemplado, un tumulto más incoherente, ni bramidos más resonantes, llenaron el recinto. El estrépito y vocerío de dos mil mujeres encerradas en un templo cuyas bóvedas derrumba el terremoto no podría dar la mínima idea de aquella confusión. El espanto se apoderó de la barra, la campanilla presidencial perdió el budojo, y hasta los mudos, los mudos mismos, hablaron en aquella ocasión.

El presidente de la cámara no pudo restablecer el orden y se retiró indignado; los secretarios y taquígrafos le siguieron, la barra se entregó al desbande, y los padres de la patria, ébrios de elocuencia turbulenta, formaron grupos que gesticulaban, gritaban, reían... pero todo era inútil... nadie podía entenderse.

Para el diputado Nerprun, Severo Nerprun, hijo de un célebre farmacéutico que adoptó su apodo como apellido por motivos que á su tiempo conocerá el lector,

—No, mil veces nó— señores diputados; eso no es así; eso no puede ser así; nosotros no debemos creerlo, no podemos ni admitir siquiera que tales afirmaciones resuenen en el augusto recinto de esta cámara, y por mi parte, aunque no consiga llevar la convicción al espíritu del honorable diputado preopinante, siento bullir todos los huracanes de la protesta y protesto en mi nombre y en el nombre de las

ya que tanto el padre como el hijo representan un papel tan importante en este extraño caso que vamos á referir, la oportunidad, elega como siempre, le había negado sus favores en aquella oportunidad. Pero el aplauso tan vehemente con que fueran saludadas sus enérgicas frases, le servía de consuelo, porque representaba un indicio de futuros triunfos oratorios, triunfos que eran la aspiración suprema de su vida pública, en tanto que con secreto temor se entregaba á veces á investigar los antecedentes de esa misma aspiración.

El diputado Nerprun había tomado la palabra y en pocas frases se había puesto en descubierto como hombre de corazón y de principios. Libre de toda superstición, entregado continuamente al estudio, había llegado á ese punto culminante de las grandes convicciones que ni los hechos mismos tienen suficiente energía para minar.

Intransigente con los timoratos que lucran sin embargo con la necesidad ajena, todos sus esfuerzos tendían siempre á exterminar mil absurdos que aún se anidan en cerebros de gente al parecer educada. Él quería que los hombres fueran honrados en sus creencias, y honrados en sus relaciones con los demás hombres; abominaba el servilismo que adopta lo negro como blanco cuando el amo lo ordena, y luego lo acepta como negro si la veleta de las pasiones ó de los caprichos cambia, odiaba á los periodistas que se venden por un puñado de monedas y odiaba más á los que escudaban con un nombre su vileza y su imbecilidad. Y, para terminar, el diputado Nerprun, á semejanza de su padre, que había prodigado el jarabe de su nombre, se sentía ya en punto para prodigar á sus contemporáneos su jarabe de pico, de la manera que él lo entendía.

Cuando al día siguiente se publicó la sesión de la cámara en que había tomado la palabra, los periodistas heridos por sus diatribas declararon que había estado muy simpático, y que la cámara debía tomar medidas para evitar cuanto fuera posible los discursos de barrida.

Al salir del recinto, aturrido por el tumulto que aún continuaba, varios amigos y correligionarios se acercaron á felicitarlo, y uno de ellos le dijo al oído: —Ten prudencia, eres la víctima esperada de un complot. Se en cegó de hombres.

Un momento después se le acercó un individuo de extraña expresión en la fisonomía, y al que no hemos de abandonar en el curso de los acontecimientos que van á desarrollarse. Le llamaban *El Caballero de la Dama blanca*, y este pseudónimo, sugerido quizá por alguno que se había muerto, no había tenido explicación hasta entonces.

—Señor diputado.

—Señor ciudadano.

—¿Me permite Vd. dirigirme una pregunta?

—Sí, señor.

—¿Tiene Vd. absoluta conciencia de cuanto ha dicho en la cámara?

—Sí, señor, la tengo.

—Es á bien. ¿Tendría Vd. inconveniente en acompañarme durante media hora?

—Ninguno.

El Caballero de la Dama blanca hizo señas á un cochero estacionado frente al congreso. Cuando el coche se acercó, ambos subieron en él, dándole las señas.

Después de andar algunas cuadras, llegaron á una casa de aspecto intermedio, una casa ni vieja ni moderna, sencilla, neutra.

El desconocido sacó del bolsillo una llave y abrió la puerta exterior.

—Señal— dijo *El Caballero*, sírvase Vd. observar todo en esta casa.

Recorrieron los patios, la pequeña huerta, ó interiormente desde la sala hasta el último aposento.

Cuando hubieron terminado, *El Caballero* preguntó: —¿Le ha llamado á Vd. algo la atención?

—No, esta casa no tiene nada de particular; es como todas las demás.

—Venga Vd. conmigo.

Y dirigiéndose á la antesala, volvió á preguntar:

—Absolutamente nada? ¿Qué ve Vd. en ese rincón?

—Un paraguas.

—Pues ese paraguas va á cambiar por completo la dirección de sus ideas. Ese, ese mismo, es *El Paraguas misterioso*.

EDUARDO LADISLAW HOLMBERG.

Dib. de Villalobos.



EL PARAGUAS MISTERIOSO

(Novela en colaboración.—El capítulo próximo será escrito por el doctor David Peña.)

II

LO QUE SE VIÓ BAJO LA LINTERNA DE VERGÜENZA

Los ojos voltejaban en las órbitas, convulsamente, mientras su cuerpo se estremecía sobre el suelo. El Caballero de la Dama Blanca, sereno y satisfecho, como un artífice ante la realización de un bello ensueño, contemplaba al desgraciado. De pronto acuó su oído al corazón del orador: latía. Meditó algunos instantes. Sacó rápidamente del bolsillo una finísima aguja y por siete veces consecutivas perforó la oreja derecha de Nerprún.

Guardó la aguja y cogió el misterioso paraguas, oprimiendo en seguida un botón eléctrico, semioculto en el marco de la puerta; una campanilla sonó a lo lejos, siniestramente, al parecer debajo de la tierra. Oyóse un crujir de engranajes y todo el piso de la habitación comenzó a descender; en pocos segundos ambos estuvieron en un sótano sombrío, cerrándose sobre ellos un techo corridizo.

Nerprún continuaba en pleno ataque. El Caballero de la Dama Blanca batió algunas palmadas, con ritmo al parecer convencional. Desde el fondo de un subterráneo avanzaron, con téntrica lentitud, cuatro luces mortecinas. Cuando llegaron a la puerta del sótano, el Caballero ordenó a los tres hombres apagar las suyas, dejando la cuarta en manos de Vergüenza.

—Enmascararos, —dijo a los hombres, —y tú, Vergüenza, —entégame el frasco de sales.

—¡Le tenemos! ¡Le tenemos, por fin! —exclamó en voz baja la deliciosa mujer, exornando su óvalo encantador con la más felina de las sonrisas.

—¡Sí! pero los hechos se han precipitado. La simple vista del paraguas misterioso bastó para provocarte ese ataque, impidiéndome someterlo a la terrible prueba. Pero creo que pronto reaccionará, —agregó, —mientras le excitaba con el frasco de sales.

—¿Y el suero?

—Aprovechando el ataque le anticipé las siete inyecciones. La aguja es finísima y el suero indoloro; al volver en sí no tendrá la menor sospecha.

—¿El efecto es seguro?

—Antes de tres días nuestra venganza estará cumplida. Goycochea, su cómplice, sucumbió al cabo de una semana; a éste le hemos duplicado la virulencia: tres días, cuatro a lo sumo.

—¡Es terrible! ¡pero mayor fué su crimen!... —murmuró Vergüenza, entre odiosa y compungida.

En ese momento el diputado Nerprún exhaló un profundo suspiro, anunciador de la reacción saludable. En voz baja, para no ser oído, el Caballero de la Dama Blanca dijo a los tres enmascarados, señalándoles el subterráneo por donde entraron:

—Alejados a treinta pasos de aquí y no os aproximéis si no se os llama; toda imprudencia os costaría la vida.

Y dirigiéndose a la mujer, le señaló su antifaz diciéndole:

—Vergüenza, cubrete el rostro.

Cuando volvió en sí, a la luz de la única linterna, el diputado Nerprún creyó sufrir un suceso macabro: en el obscuro antro sólo acertaba a distinguir leves perfiles iluminados con reflejos rojos, desincándose como dosamenazas sobre la tiniebla compacta. Antes de permitirle gesto alguno de sorpresa, el Caballero de la Dama Blanca tomó la palabra.

—No corre peligro vuestra vida en este momento, ni en este lugar. Estad aquí para decirnos el siniestro secreto de vuestro crimen; debéis completar el relato de Goycochea, vuestro cómplice. La justicia vendrá después. Ahí ra hablad.

Revuelto de su asombro, el orador, abundoso en el parlamento, sólo atinó a tartajear pocas palabras.

—No os entiendo...

—En vano intentáis disculparos. Aquí está el paraguas misterioso y conocemos el verdadero relato de Goycochea...

...y conocemos el verdadero relato de Goycochea...

—No conozco ese paraguas; y el que llamáis mi cómplice podría haber mentido...

—¡Jamás! Goycochea no habría mentado jamás, y mucho menos *in articulo mortis*...

—¿Morir?...

—Sí; ha muerto, —repuso friamente, —ha muerto en el mismo sitio donde vos moriréis dentro de tres días. ¡La justicia humana tarda, pero llega!

Nerprún se estremeció. El sitio desconocido le horrorizaba; y, más que eso, el extraño silencio de aquella mujer cuya hermética no lograba ocultar el antifaz. Se frotó los ojos, como queriendo salir de una pesadilla. Sólo sintió que la mano del Caballero se posaba sobre su hombro.

—No os espante mi lúgubre propósito, —dijo con vidriosa amabilidad, —Vuestro destino está ya trazado; pero no os urge preocuparos de él. Ahora limitaos a revelarme el secreto del paraguas encontrado junto al cadáver, el secreto que encierra la clave de todos los misterios.

—Nada sé de lo que me preguntáis.

—¿Nada? ¿No conocéis el paraguas?

—Nunca lo he visto.

—Tendré el gusto de mostrároslo, —replicó el Caballero con mal disimulada nerviosidad, mientras hacía ademán a Vergüenza para que aproximara su linterna.

—Escuchadme bien, señor Nerprún. Este vulgar paraguas tiene cubierta de seda, eje de aluminio, armadura de alambre acanalado y puño de madera esculpida. Pero mirad bien la cubierta, —dijo, abriendo el paraguas, —mirad la seda negra, aquí, cerca del borde. Ved tres manchas rojizas...

—Nada veo...

—¡Fijaos! —y aproximó a la cubierta el brazo de Vergüenza, cuya linterna iluminó, efectivamente, las tres manchas denunciadas.

Nerprún palideció. El Caballero, sin inmutarse:

—Bien, señor diputado. Estas manchas de sangre sólo son visibles sobre la seda una vez por año y duran varios días; aparecen en la fecha de ocurrido el delito y persisten hasta la hora misma en que fueron encontrados el cadáver y el paraguas.

Nerprún, silencioso, temblaba.

—Y ahora sabed que vuestro cómplice, en momentos de morir, reveló, en parte, el misterio de este paraguas denunciador. Escuchad bien, Nerprún: según Goycochea hubo en el crimen cierto maleficio satánico, por cuyo motivo las manchas están vivas, sensibles como una mimosa, capaces de reconocer por el simple tacto al asesino que vertió esa sangre...

Nerprún, entre temeroso e increíble, osó murmurar:

—¡Este es un cuento de brujas! Repito que Goycochea ha mentado...

—Mirad, Nerprún, y veréis que toda negativa empeorará vuestra situación.

Y así diciendo tocó las manchas, sin que por ello ocurriera nada anormal; invitó luego a Vergüenza a que hiciera lo mismo, con análogo resultado.

—Y bien, Nerprún, tocad las manchas, si a tanto os atrevéis!

Nerprún, seguro de que la sensibilidad de las manchas sería la postrer mentira de Goycochea, obedeció.

—Más le valiera no haber condescendido! La seda se estremeció como si pasara a su través un silencioso escalofrío, el color de las manchas subió hasta el escarlata más chillón, y aquel objeto, al parecer inanimado, emitió un lamento pavoroso, que heló la sangre en las venas de los testigos. Hubo un paréntesis de acoquinamiento, de ansioso





EL PARAGUAS MISTERIOSO



(Novela en colaboración. — El próximo capítulo será escrito por el doctor José Luis Murature).

CAPÍTULO III

EL PARAGUAS HACIENDO DE LAS SUYAS

ción, como que acababa de asearse con su tómbula y no la copa de tarrañas que parecía tener sobre sus ojos, y, girándolos en torno, los detuvo sobre los iacóns del *Catallero de la Dama Blanca* y los impenetrables de Vergüenza.

— ¡Y bien! — prorrumpió el hombre misterioso. — ¡Hablad! ¿Qué esperáis?

— Que se me alivie el dolor de las orejas, dijo Nerprun que ignoraba que en aquellos cartilagos yacían siete inyecciones. — No sé quien diablos puede estar acordando en este momento de mí, de esta manera.

— El o no hace al caso, ¡Hablad!

— Antes de hacerlo, — replicó el representante popular, — necesito estar seguro de que la libertad mas completa ampara la expresión de mis ideas.

— Mas completa, — afirmó Vergüenza, — ¡Hablad!

— ¡Hablad!

— ¡Y bien! — dijo Nerprun, con el compás de espera que le era peculiar en los párrafos indecisos de su oratoria caracolada y profusa. — Yo necesito recapitular un tanto, quiero decir, a mar de atrás la exposición de los hechos.

Vergüenza recordó con un movimiento expresivo al *Catallero de la Dama Blanca* que él había garantizado la vida del infeliz prisionero en aquel sitio.

Y el *Catallero* de la, se moroló el labio en señal de convencimiento, aunque forzado, y esperó.

Nerprun dijo entonces, llevándose el pañuelo a la oreja izquierda:

— Si yo estaba en aquel instante de la Cámara. Acababa de pronunciar un discurso a favor de Sáiz del Río para que venga sin demora a ocupar la dirección de nuestra facultad de filosofía y letras; los demás diputados no atinaron a sorprender en mi estilo el estilo del mero y estallaron en irrupción horrenda, salí luego a la calle donde me recibí el aura popular que de continuo acaricia la cabellera y la personalidad de mi colega el socialista; y hasta recuerdo que algunos íntimos me hablaron de un complot tramado en mi contra por Eduardo Lindisno H. Imberg y José Ingegnieri, denuncia que desdeñé incrédulamente haciéndoles presente que yo no había intervenido ni en el decreto inconstituto de Casares sobre el Jardín Zoológico ni en el artículo de Emilio Becher titulado «El médico imaginario» y publicado recientemente no sé donde. Luego, prosiguió Nerprun, llevándose el pañuelo a la otra oreja, ¿qué más me aconteció? ¡Ah! ¡Ya recuerdo! Os acercasteis al llegar a la esquina de Defensa y me invitasteis a subir a un coche...

— ¡Jesucristo! — interrumpió el *Catallero de la Dama Blanca*, haciendo estremecer la gran linterna y el paraguas misterioso.

— ¿Qué os ocurre? — preguntó la dama con una emoción mal comprimida.

— ¿Qué pasa? ¿Qué he dicho? — balbuceó Nerprun.

— Ah! ¡Dios mío! — prosiguió el *Catallero* con voz más apacible. Señora Vergüenza, me lo hubieráis recordado... ¡El coche! ¿Qué desventura!

— ¿Eh?

— ¡Sí, pues! Desde anoche está a la puerta, como el famoso pico de gas que dejó abierto Picaporte. ¿Queréis bajar, digo, subir, señora Vergüenza y abonarlo? Tomad mi cartera.

Vergüenza hizo presente al *Catallero* que ella no había tenido nunca contacto con cocheros. El *Catallero* entonces tocó el timbre de sonido estrafalario y al primer individuo que acudió, de los tres que tenía a su servicio, entrególe atarace pesas con ochenta cenavos dándole ciertas órdenes en voz baja.

Nerprun, más dueño por fin antes de sí mismo, aprovechó un movimiento de Vergüenza hacia el resplandor de la linterna para hundirle su mirada escrutadora a través del antifaz, mientras le decía en voz muy baja y casi seductora.

— ¿Quién es la enmascarada?

El *Catallero de la Dama Blanca*, rehecho de la sacudida y del mismo incidente avanzó a percibir la interrrogación de Nerprun y volviéndose hacia el huido de cólera, le dirigió las doloridas orejas con este grito:

— ¡Infeliz! ¿Qué habéis dicho?

Pero Nerprun diputado al fin, contestó serenamente: — ¿Yo? Repetid el título originario de una comedia de Duhau. ¿O preferís que le hable a esta señora de *Revolución en Chulampé*?

Vergüenza confirmó que ninguna otra frase le había sido dirigida en el breve intervalo, y restablecida la aparente calma, Nerprun prosiguió así:

— Llegados a esta casa...

— ¡Y bien! ¡hasta! — rugió el *Catallero de la Dama Blanca*. ¿Qué pretendéis con reeditar estos capítulos?

— Estabrar el mío, — contestó Nerprun con cierta solemnidad cómica recordando que el procedimiento de hacer como que se trah-ja se lo había aprendido a su colega Varsilita Ortiz. — Llegar a lo que me interesa personalmente, lavosco vuestra promesa de dejarme hablar, por lo demás.

— Tiene razón, — dijo la dama.

— ¡Y bien, hablad, seguid!

— Aquí — prosiguió Nerprun, — he sido víctima de algo extraño. Vuelto en mi — y otra vez llevó el pañuelo a su apénfices laterales como si le sangraran, — vuelto en mí, me ha ésta abierto esta negra sombrilla como si tronara, me habéis recitado un himno en la dos a; y dale que dale con Govechea, personaje del que se ha ocupado Antonio Montecavaro en el primer folletín de «Diario Nueve» y ahora vos; y a quien yo — os lo declaro — solo conozco por livianas y literarias referencias.

— ¡Pero es obstinada todavía! — exclamó, vociferó el *Catallero de la Dama Blanca*? ¿Queréis poner a prueba el resto último de tranquilidad que me reservo? Os juro que a insis ir en vuestra bllaqueja...

— Vos sois el bellaco, — replicó Nerprun, al intentar de todos modos hallar un delincente donde solo existe un diputado.

— De modo que es decís inocente después de la prueba irrefragable, única...

— ¡Soy inocente!

Entonces ocurrió una cosa vertiginosa y terrible.

El *Catallero* enabuló el paraguas misterioso, cerrándolo de un golpe sobre la cabeza de Nerprun; pero éste, rápido se lo arrancó de un movimiento que fue zar-pazo y al retroceder para descargarlo en su h-rcúlea fuerza de hijo de boicario, tropezó con la linterna, y, ciego de ira y de su luz, dejó caer el nervudo brazo en la espantable tiniebla, una y dos y muchas veces, en remolino, en punta, en flanco y de cabeza, como un átomo del mal de San Vito que hiciera esgrima con mil sienes en el fondo de un abismo.

Un grito rasgó la tiniebla de improviso. Un grito de alma temerosa que súbitamente es separada de su vestidura. ¡El diputado acababa de herir mortalmente a la Vergüenza!

El *Catallero de la Dama Blanca* que se arrastraba como volubilis reptil desde el comienzo del embite para eludir los golpes de aquella furia indómita, dió por fin con la puerta de salida, y, cual un corcel que rompe las ligaduras, huyó, huyó desparado. Un transeunte le asió fuertemente por el brazo remándolo por un criminal *infraganti*.

— ¡Sí, sí! — gimió el *Catallero de la Dama Blanca*.

— Me pertenecéis, ¿quién sabe?

— El *Catallero de la Dama Blanca*, ¿y vos?

Un periodista que os aprovechará sin dañaros. Soy José Luis Murature.

DAVID PEÑA.





EL PARAGUAS MISTERIOSO

(Novela en colaboración. — El próximo capítulo será escrito por el doctor Severiano Larente)

CAPITULO IV

LA DAMA BLANCA

— ¡Paradista! ¡Horror!
— ¡Xclamó el caballero de la Dama Blanca.

Y librándose con una

violenta sacudida emprendió nuevamente la fuga.

Era de noche. En el silencio de las calles solitarias los pasos resonaban como el son de una carrera fantástica. Así anduvo varias cuadras, sin rumbo, lanzado en el vértigo delirante de su marcha. De improviso, una idea horrible cruzó por su mente: ¡Si lo seguiera él!...

Quedó inmóvil, mirando perdidamente las estrechas, Sicias, como un tímido ojo metálico, titilaba con indecible ironía, y la Cruz exhibía sus ópalos tranquilos, como un presagio tan raro. El caballero sacó un cigarrillo, lo armó y lo tiró nerviosamente al suelo. Luego, sacudidos la frente, lanzó un suspiro y a paso lento volvió atrás.

Al llegar frente a su casa se detuvo. Indeciso. La obsesión de la casa en que acababa de actuar oprimía su espíritu.

— ¡En ella hubiera oído! — pensó con un estremecimiento de pavor. — ¡En ella hubiera oído! No, imposible... Sería el derramamiento de mi vida, el naufragio de mis esperanzas, el fracaso de todo mi plan... de mi plan que marcó el único camino para su felicidad y para la mía, para su salvación...

Un sollozo le subió en su pecho. Por algunos momentos permaneció recogido en sí mismo, ordenando sus pensamientos.

— ¡Que importa! — dijo al fin — Si los venenos del odio marchitan la flor, el dedo del destino dispersará sus hojas.

Entró temblando y se dirigió a la primera puerta del patio. Apenas hubo abierto, la luz del interior descendió las tinieblas. Y, como en un destumbramiento, vio a la Dama Blanca que le esperaba.

La habitación era toda blanca. Blancos los tapices, blanco el mobiliario, blancos los cojines en que ella se reclinaba. Como una perla en un estuche, la pálida joven irradiaba el encanto sutil de su belleza. Al ver al caballero levantó su cabeza rubia, de óvalo impecable, y desde la profundidad de sus ojos sonadores surgió el fluido de una mirada fascinadora. Una sonrisa de expresión indefinible alzó sobre sus labios mientras la mano esbozaba un saludo indolente.

— Ahora — dijo — spera que no le guardéis. Esta vez, siquier, os habéis portado gentilmente dándome permiso para vuestras hazañas. ¿Todo lo he oído?

— ¡Todo! — rugió el caballero. — ¡Habéis oído!...

— Oído y visto.
Abrumado por la desesperación el caballero se dejó caer sobre una silla.

— Si a pesar de vuestras precauciones he asistido al espectáculo. Y sólo he comprendido una cosa: vuestra deslealtad y vuestra infamia. Es una nueva calada a la mente que me ha concebido y de los medios que la han realizado. Os mostráis como se cuenta con vuestros procedimientos. Aunque no haya descubierto vuestro propósito he podido apreciar vuestra conducta. Sabéis que estoy aquí voluntariamente y que ningún poder me hará desistir de mi resolución. Pero si esperáis mi ayuda, estáis engañado. El amor cesa cuando el deber empieza a hablar. Ni vuestro verdu-

go, ni vuestro complice. Ya os lo he dicho. Os lo repito ahora. Y basta.

La joven había hablado tranquilamente, con tranquila impassibilidad. Solo el fuego de la mirada acusaba la violencia de sus sentimientos. Cuando hubo terminado tomó el libro que tenía junto a sí y se puso a leer.

Entre tanto el caballero veía pasar sobre su rostro la borra de la expresión de agria firmeza que caracterizaba su fisonomía y una lágrima nublaba sus ojos entrecerrados. El grito blanco que descansaba junto a los cojines se levantó pausadamente, como si sintiera la solemnidad del momento y lanzando un maldito se dirigió al patio.

Con una voz que era la vibración de un dolor, el caballero rompió el silencio.

— Tenéis razón. Conozco que miréis en mí la causa de la desgracia. Pero os juro...

— ¡Juro! — interrumpió ella — No juréis. Conozco el valor de vuestra palabra.

— Creéis conocerlo. Nada más. Si violo mi primera promesa fue porque vuestro interés lo exigía. Algún día podréis comprender cuánto me duele sufrir para salvaros a pesar vuestro.

— Sois hipócrita. Lo sé. Si siquiera tenéis la franqueza de vuestra perversidad. Pero ya no me alcanzan vuestros recursos... Un día pudo engañarme vuestra perfidia. ¡Hoy os conozco mejor y cuando procuréis fundirme lástima, solo siento que me inspiráis desprecio!

Baja la mirada, abatido el busto, el caballero permaneció sumido en honda meditación.

— Sin embargo — murmuró como si hablara consigo mismo — sin embargo, ha sido una obra santa. Y habré de dejar que se aniquile entre mis manos! Habré de resignarme a que se anule mi esfuerzo cuando sólo falta un paso para consumarlo.

Se levantó bruscamente en una reacción impetuosa.

— ¡No lo consentiré jamás! — exclamó casi gritando — Si queréis romper el velo del misterio, lo desgarraré con mis propias manos y os estremecerá el horror que habéis querido evitarme.

Luego se acercó a ella y con blanda dulzura prosiguió:

— Todo lo que habéis visto desde la noche aquella en que la fatalidad intentó separarnos, ha sido para vos un enigma incomprensible. Tenéis el derecho de pensar que soy la sombra maliciosa de vuestra existencia. Y sin embargo, una sola palabra hubiera bastado para convenceros de que lo he sacrificado todo para disipar vuestro horizonte, de que mi pensamiento ha estado siempre fijo en vuestra dicha como la mirada del navegante está fija en la lejano luminaria que le señala el puerto en medio de la noche.

— ¡Mi dicha! — repuso la Dama Blanca con dolorosa ironía. — ¡Va no tengo el derecho de pensar en ella!

— ¡Creéis, agnate, que todo es eterno! ¡Obedidme que estoy aquí para velar por vos!

— No, no lo olvidaré. Nunca dejaré el pájaro de la serpiente que lo acusa.

— Sois cruel. Os lo he ocultado todo porque no quería corromper vuestro espíritu con el revulsivo del terrible secreto. Yo solo he sabido hacer de las amarguras con las que debéis porque sabía que mientras estuvierais en el fondo de mi pecho no podríais alterar la plácida de vuestra calma. Pero ya que dudáis de mí, tengo que hablar. Comprenderéis a fin...





EL PARAGUAS MISTERIOSO

(Novela en colaboración. — El próximo capítulo será escrito por el señor José Luis Cantilo)

CAPÍTULO V POR LO MÁS OSCURO AMANECE

—No tenéis el menor derecho a dudar, ni de mi lealtad ni, a probada modo, la firme intención con que he procurado secundar vuestros planes, tan simpáticos a mi corazón. Cuando os pedí vuestra mano, ofreciéndos un cariño reparador de pasadas desventuras conyugales, la pusisteis un poco muy superior a la oscura solven- cia de mi espíritu endeble y apocado... Pero el amor no razona y el mío es demasiado grande para que yo me detuviese ante la magnitud dramática del sacrificio; el deseo de haceros mi esposa inflamó de improviso todo mi ser, poblándolo de energías ignoradas, como en una floración súbita y brillante de impulsos varoniles. Con resolución inolvidable para mí, porque con ella stron los bríos adquiridos, os juré que si era necesario matar, mataría... Y en eso estamos: ya Goyecocha emprendió el viaje que «non a ti torio», como dicen vuestros coristas de «El trator». Por lo que hace a Nerprun, bien puede ir preparando el equipaje, pues le he dado la masita pasada mañana a las 6 y 50 a. m. morirá tetanizado, porque el suero que le inyecté en la oreja no es de esas cosas que entran por un oído para salir por el otro.

—¡Maldición! —exclamó la Dama Blanca en el paroxismo del dolor más feminista.

—Señora —prosiguió el caballero— os ruego que no atajéis mi palabra honrada, de asesino pasional y decente. Me habéis dicho que la venganza debía ser inexorable, sin reparar en medios ni personas; pues bien, el presunto linado Telémaco Nerprun es el ladrón que os lo ha robado todo; el honor, llevándoos a extraríos amorosos incompatibles con la dignidad de vuestro marido el hijo...

—Se me hace que estáis maquinando, mi querido señor; yo no he tenido familia nunca.

—observó la dama, con presteza.

—No sabéis una palabra de lo que os ha pasado —profriró el caballero con expresión resaca. —No habéis tenido hijos, pero aunque lo ignoraseis, ibais a tener uno que no llegó a punto de madurez. No me interrumpáis; Nerprun provocó un aborto de apariciones clínicas, para robaros parte de la fortuna inmensa que esperabais y debíais heredar, desviando vuestro indiscutible derecho en favor de sus intereses...

—Explicaos, os lo suplico —balbuceó impaciente la dama.

—Siempre que no obtureis mi narración con vuestras insoportables interrupciones. Continuo: cuando vuestro esposo murió por malas artes que salieron de la botica de Nerprun, padre, estabais encinta; esto implicaba dos grandes venturas en perspectiva próxima: los placeres de la maternidad y las bienandanzas inherentes a la posesión de un tesoro casi novelesco. Pero la criminal codicia de Nerprun os acechaba y pudo sugeriros la idea alarmante de que teníais un cáncer abdominal, en tren de crecimiento galopante. Esta transfusión de pensamiento se comprende con toda comodidad, conociendo el ascendente que ese hombre funesto ejercía sobre vos y recordando la indolencia con que siempre habéis descu-

ludo el estudio de la fisiología humana, en sus relaciones médicas legales con el derecho civil.

De haber llegado a nacer vuestro hijo, se os hubiese entregado íntegra la cuantiosa fortuna de vuestro esposo; no habiendo sucesión de vuestro matrimonio, la mitad de los bienes debían pasar a los parientes colaterales del difunto, según disposición testamentaria de este último, que quiso castigar en secreto vuestras frecuentes lesiones a la fidelidad jurada en los altares.

—Pero ese hombre monstruoso es un filicida! —prorrumpió la dama con acento de dolorosa sorpresa.

—Razón de mas —replicó el caballero— para que yo vengase, a vos y al feto. Dejádme concluir: como el único pariente colateral de vuestro esposo era su hermana, ya por aquel entonces casada con Nerprun, éste no quiso perder la pensión de enriquecerse y al efecto

fraguó el aborto que le convirtió en heredero consortes. Con su docencia inmanente de orador audentista y fronsoso, os persuadió de vuestra supuesta enfermidad, lo que no le fue difícil, porque vuestro embarazo re vistió carnal los nerviosos de una extravagancia indolada. Os habló del peligro inminente que corría vuestra preciosa existencia; os sometió a los falsos cuidados de un fingido especialista que ni siquiera era médico, pues luego resultó ser despuente de aduana; y entre ambos os decidieron a soportar la operación quirúrgica. Goyecocha, que también mojó en esta aventura, os hizo dormir con el gas hilarante, para que caso de sucumbir en el trance operatorio os fuéis al otro mundo muerta de risa... y una vez que fuisteis anestesiada, intervino una partera habilísima en el arte de reparar con el crimen los agravios interidos al pudor.

La madama operó con espantosa maestría y el proyecto de chiquitipaso inmediatamente desde el claustro materno hasta un frasco de alcohol...

—[Desnaturalizado] —suspiró la dama con emoción de ternura retrospectiva.

—No sé, señora: puede que fuese extranjero naturalizado; lo que me consta es que no era de quemar.

—No me referta al alcohol, sino al padre de mi hijo.

—Prosigue: terminada la operación, entre Nerprun y Goyecocha mataron al despuante de aduana, para que aprendiese a guardar secretos; la empresa no ofreció dificultades porque le pegaron de atrás y el hombre estaba indefenso; como que no cargaba armas y hasta los cigarrillos que fumaba eran por armar. Tarde o temprano todo se sabe en este mundo, aunque haya policía de investigaciones.

—Y mi feto? ¿Dónde está mi niño?

—Creo que lo tiene en el ojo el padre del filicida; pero está sin sangre en el ojo, porque ya se ha charquido.

—No digáis disparates y habladme seriamente.

—Digo que lo ha colocado en el departamento especial que hay en todas las farmacias y que antaño se llamaba el ojo de boticario. Dicon que queda muy bien en la vitrina: el frasco es art nouveau y muy elegante, aunque de poca sólida construcción.



—Pero ese hombre monstruoso es un filicida! —prorrumpió la dama con acento de dolorosa sorpresa.



EL PARAGUAS MISTERIOSO



(Novela en colaboración).—El próximo capítulo será escrito por el Sr. Diego Fernández Espino.

CAPITULO VI

UN PERSONAJE INESPERADO

—¡Basta!
—Pero...
—¡Basta!

Y la Dama Blanca, poniéndose de pie, avanzó dos pasos. Con mirada torva y voz cavernosa, flotante la larga y sedosa cabellera, iracunda y sombría, vociferó ante el caballero estupefacto:

—¡Sois un malvado!
—¡Señora!
—¡Un miserable!
—Os juro que si fuérais hombre!
—Pretendéis, agregó, crispando las manos, perturbarme con vuestra insupportable charla y no lo conseguiréis. He tenido hasta este instante la fuerza de voluntad necesaria para falsificarme, para fingir calma y convencimiento: ¡sois un impostor!

—Blanca. Blanca adorada: esta es una pesadilla atroz. ¡Piedad, piedad!

—¿Y la taviséis, por ventura, de vuestra protectora, de vuestra amiga, de...?

—¡Me han engañado miserablemente! ¿No comprendéis que no soy culpable?

—Leed en voz alta: medita! vuestra sentencia de muerte.

El caballero, tembloroso y balbuciente, leyó:

—Blanca: Estáis siendo víctima de una infamia...

—¡Proseguid, monstruo!

—Ha llegado la hora de iluminar las sombras: mil peligros os acechan. Desconfiad de aquellos que os juran amor.

—¿Oís?

—Vuestra venganza será la mía: me encuentro sano, y dispuesto a aclarar el misterio del drama que nos



...tres enmascarados, puñal en mano, avanzaron hacia la pareja aterrada.

—¡He dicho la verdad!
—No creí ni en vuestras habladurías, ni en la falsa carta de Nerprun, desleal y torpe embustero!

—¡Señora!
—¡Conozco el abismo de vuestra perfidia!

—¡Pruebas, pruebas!

—Aquí las tenéis; y corriendo hacia un pequeño mueble, abrió nerviosamente varios cajones secretos, hasta apoderarse de un sobre que levantó triunfalmente.

Luego, cruzóse de brazos, y chispeantes los ojos de acero, terrible, cual la imagen de la venganza, exclamó:

—¡Preparaos a morir!

—Si he mentado, dispuesto estoy al sacrificio. ¡Pruebas, pruebas!

—Leed.

El caballero se precipitó sobre el documento que, solemnemente, le ofrecía la Dama Blanca.

Hubo breves instantes de silencio. De pronto, un rugido conmovió la estancia. Los frágiles adornos tambalearon en sus pedestales y la blanca gata, blanca como el tapiz y el mobiliario, arqueó el lomo en actitud de defensa y huyó despavorida.

—Maldición ¡estoy perdido!—exclamó el caballero aterrorizado.

La dama sonrió despreciosamente.

—¿Cuándo recibisteis esta carta?

—Hoy.

—¿A qué hora?

—¿Qué os importa! ¡Defendedos! ¡Decid la verdad! ¡Ingeniad un medio para salir de este atolladero!

envuelve a todos. Procederé con cautela: cuidado con los venenos fulminantes! Reclamad al «Caballero» el «paraguas misterioso»: si se niega a entregarlo, lo mataré. Nuestra salvación depende del documento revelador, escondido debajo del puño de madera esculpida, —y de la declaración, voluntaria ó forzada, del hombre que posee la clave del cruel enigma.

«Sigo los pasos del traidor. Posiblemente no entenderéis palabra de todo esto: confiad en mí. Alguien creyó que mi muerte era salvadora y no sospechó la existencia de pruebas fatales.»

«Vuestro devotísimo

Goycochea.»

Abrumado por la lectura, el caballero se desplomó sobre un diván.

Blanca le dio un zarpazo:

—¿Qué decís, ahora?

—¡Goycochea vivo!

—¡Juradme que antes de veinticuatro horas el paraguas misterioso estará en mi poder!

—Lo juro,—respondió conmovido el caballero.

—Y bien, sólo la posesión del paraguas, salvará vuestra vida y ablandará mi corazón.

—¿Seréis mía, Blanca?

—Sí.

Un golpe terrible interrumpió el coloquio. La puerta, violentada, se abrió de par en par, y tres enmascarados, puñal en mano, avanzaron hacia la pareja aterrada.

José Luis CANTILLO.



EL PARAGUAS MISTERIOSO



(Novela en colaboración.—El próximo capítulo será escrito por el Dr. Carlos Octavio Bunge.)

CAPITULO VII

TENIA QUE SER

A presencia de tan amenazante irrupción que se dijera impulsada por el espíritu trágico de un Fernández y González & de un Ponson du Terrail, la Dama, de blanca que era, descompusose en verde y el Caballero, dando un salto atrás, echó mano á los pantalones y desnudando un gran pomo lo apuntó contra el primero de los enmascarados.

Agilmente el segundo cayó sobre él y empujándole con extraordinario vigor le ordenó:

—Entregad al punto esa ponzoña y sentaos para asistir á vuestras propias exequias, Caballero de la...

—¡Traición!—clamó éste.—Asesinadme, villanos, vosotros los que, violando el secreto de mi encierro, llegáis

—En este instante que me habéis dicho el último de mi existencia, juro frente á la muerte, que el aborto se produjo.

—Comprendemos vuestra hipócrita estrategia. Recurrís á la patraña del juramento para justificar ante ella vuestro horrendo plan de matanzas. No llegaréis sin embargo, á envenenarlo, es lo repito. A impedirlo hemos venido. Somos los delegados de los electores del diputado Neipran que, misteriosamente noticiados de vuestro inicuo complot, resolvieron por la salud de la patria dar al traste con tan monstruoso atentado. Y ahora, si aun queréis salvaros de una inmediata ejecución, declarad el paradero del *Paraguas misterioso*.

Esto dicho, los tres enmascarados pusieron de pie, blandiendo pavorosamente sus puñales.

La Dama Blanca echóse de rodillas, en tanto que el Caballero, azorado, iba á balbucear la confesión, cuando con fuerte estruendo se abrió de nuevo la puerta dando paso á un extraño personaje, que avanzó solemnemente.

Venia este personaje embutido en una especie de armadura multicolor, trayendo la cabeza cubierta por un yelmo negro empenachado de rojo y de visera corrida. Con la mano derecha esgrimía á manera de lanza el *Paraguas misterioso* y con la izquierda abrazaba como escudo un abultado manuscrito.

—¡Nunca será! gritó con voz tonante, y abalanzándose sobre el enmascarado jefe le asestó un paraguazo entre la oreja y el hombro.

Al golpe el *Paraguas* se escapó violentamente de su mano, en el preciso instante en que el segundo enmascarado, de una formidable cuchillada, le hacia volar el yelmo, dejando al descubierto la cara del personaje.

La Dama Blanca al verle dió un gran bote de costado y clamando:

—¡Laferrère! ¡El Jettatore! Cayó desvanecida, mientras que el *Paraguas misterioso* con un amplio despliegue cubría en forma de dosel aquella hermosura en catalepsia.

DIEGO FERNANDEZ ESPIRO.



alevosamente en pandilla á interrumpir por sin'estro modo la escena pasional del desenlace de mi destino.

Y abandonando el pomo se desplomó anonadado sobre una butaca.

Entonces el enmascarado, que sin duda jefateaba los otros, hizo á éstos una señal casi masónica y, á un mismo tiempo, los tres tomaron asiento.

La Dama, repuesta del espanto de su primera terrorífica impresión, intentó una prudente retirada. Pero, el enmascarado la detuvo con un ademán imperativo, y dijo:

—No tratéis de huir, señora. Por lo demás, seréis respetada cual merecido lo tiene la que supo comprender aquel noble corazón. Y vos,—continuó dirigiéndose al Caballero,—que por tan malas artes habéis conseguido adueñaros de su vida fingiendo un amor imposible de clarear en las negruras de vuestra alma, sabed que las cobardes y criminales empresas que teníais imaginadas y en sazón de realizarse no han de tener infame cumplimiento, malgrado la sobrenatural intervención de los magos y hechiceros con los cuales os hayáis en connivencia y que así despliegan ante vuestra insaciable ambición los mirajes aureosangrientos de la codicia, como os arrojan, desdichado, á los más viles procederes y repugnantes aberraciones.

—Abusáis, replicó con entereza el caballero, de las desventajas de mi situación, y me atribuis calumniosamente propósitos incompatibles con la austeridad de mi vida devotamente consagrada al culto...

—Sí, al culto de la infamia. Explicad, síno, la muerte del boticario y la misteriosa eliminación de Goycochea, ya que habéis tenido la avilantez de convencer á la Dama Blanca, aquí presente, del pretendido aborto y la alcoholización del feto.

Dib. de Arnó.





EL PARAGUAS MISTERIOSO

(Novela en colaboración.—El próximo capítulo será escrito por el Sr. Alberto Ghiraldo.)

CAPITULO VIII

EL COMETA "EUXINIOS"

—¿Laferrère?... ¿El Jettatore?... ¿Me confundís?... ¿Qué no me conocéis ya?... ¿Tan pronto me habéis olvidado?... ¡Soy Goycochea, el mismísimo Goycochea!

Alzóse la visera, y, en efecto, Goycochea, el mismísimo Goycochea era aquel estrafalario personaje de la armadura multicolor y el penacho rojo que se presentaba blandiendo, á modo de lanza, el *Paraguas Misterioso*. Al reconocerle, la *Dama Blanca* y su *Caballero* quedaron mudos de estupefacción como por arte de encantamiento, dos de los enmascarados desaparecieron; y el tercero se descubrió el rostro: era el diputado Nerprún. Se hizo el pesado silencio que anuncia las grandes borrascas, durante el cual todos se miraban las caras tan ansiosamente como si interrogasen el porvenir...

—¡Hemos aquí reunidos!—dijo por fin la *Dama Blanca*,—los cuatro personajes de este terrible drama. Ha llegado el momento de descubrirse la verdad.

¡No! ¡Esta vez no había mentido Goycochea! El sordo y crecientemente ruidoso subterráneo, el incógnito olor, el incendio del cielo, todo decía la anunciada proximidad del caído é inoportuno astro... *Va victis!*

De pronto, se sintió un estremecimiento tan intenso, tan intenso, que cuanto ser viviente lo sufriera, perdió el sentido... Pasó un segundo, minutos, tal vez horas... hasta que Blanca, Pedro, Nerprún y Goycochea recobraron el sentido...

—¿Dónde estamos? ¿dónde estamos?—se preguntaron aterrizados, palpándose el cuerpo y mirando en derredor...

¡Y comprendieron dónde estaban! ¡El cometa los había atraído y arrastrado en su cola de luz hasta su centro de piedra! ¡Sobre tan enorme vehículo (los astrónomos lo calculan cinco veces más grande que la tierra) siguiendo un elipsis de incommensurable extensión, navegaban en el piélago infinito del vacío!

Blanca cayó sollozando de rodillas. Pedro cerraba los puños furioso, clavándose de rabia las uñas en las pal-



—Ha llegado,—repuso Goycochea,—ha llegado, y aquí estoy yo para revelarla. Yo sólo tengo la clave del misterio. Bien sé que vos, Blanca de Artania, por mal nombre la *Dama Blanca*, sois inocente. También lo sois vos, Pedro Nuño, llamado el *Caballero de la Dama Blanca*. La culpa de todo este *imbroglio* la tiene Nerprún, el pérfido diputado Nerprún, aquí presente para rendirnos cuenta de esa culpa... ¡Escuchadme!... Las cosas pasaron así...

Súbito y dilatadísimo trueno interrumpió á Goycochea... La estancia se llenó de un olor agudo é indescriptible y de muy viva y persistente luz... Se hizo un pánico general...

—¡Dios mío,—exclamó Blanca,—socorrednos!
—Es el fin del mundo,—afirmó Goycochea,—el *Dies Ira*. Los astrónomos lo tenían anunciado. Hoy debía chocar con la Tierra el planeta «Euxinios»... Llegamos á la catástrofe final... ¡Preparaos á bien morir!

Y en diciendo esto, abrió el amplio *Paraguas*. Por instintivo movimiento de concentración ante el inaudito petigo, los cuatro personajes se cobijaron bajo él...

—Tal vez el eléctrico magnetismo de este *Paraguas*, última invención de Edison—dijo Goycochea,—pueda protegernos de la funesta atracción del cometa... Salgamos al jardín.

Y todos salieron, protegidos por el *Paraguas* de la irridada lluvia de luz astral, que, cada vez más intensa, hacía cerrar los ojos deslumbrados...

mas de la mano. Nerprún, con un dedo en la sien, meditaba hondamente. Pero Goycochea, haciéndose fuerte, siempre con el *Paraguas* en la mano y á pesar de su armadura, bailaba en un pie loco de contento...

—¡Animo compañeros!—decía.—¡Correremos peripecias que nunca corrió mortal alguno! Y... ¿quién sabe?... ¡al vez podamos algún día bajar á la tierra para contarlas... El *Paraguas Misterioso* nos servirá de paracaídas... ¡Y vosotros testificad de la verdad de mis palabras para que no digan que miento!... ¡Mirad cuántas maravillas nos rodean, mirad, por Baco!

Algo repuestos, tendieron todos entonces la mirada sobre un panorama jamás soñado por la pobre fantasía de los hombres...

Sucedían en anfiteatro montañas y precipicios blancos, amarillos, violetas, lilas... En inmensas mareas luminosas flotaban saurios negruzcos más grandes que los mayores trasatlánticos modernos... Había plantas voladoras que pasaban por la atmósfera rosa cantando y creciendo en bandadas... Había animales criminales que, aunque arraigados al rocoso suelo, pensaban más que dioses... Había... en fin, las cosas más ultraterrestres, las cuales vieron después nuestros cuatro personajes en las extrañísimas aventuras que les depaó el destino; cosas y aventuras que verá y leerá boquiabierto el curioso lector en los capítulos que siguen...

CARLOS OCTAVIO BUNGE.

Dib. de Urtubev.



EL PARAGUAS MISTERIOSO

(Novela en colaboración.—El próximo capítulo será escrito por el Sr. Roberto J. Payró.)

CAPITULO IX

UNA ESCENA EN LA CALLE.—DONDE APARECE UN PARAGUAS VENGADOR.

La vida anima los seres y las cosas,— todo lo que á nuestros ojos aparece in-móvil, frío, rígido y oscuro.—(E. H. Ducloux, en una conferencia científica.)

En una esquina de la ciudad en silencio—era el amanecer—se encontraron los dos paraguas: el viejo ya conocido, cubierto de misterio y de telarañas cuxinias, portado como bandera en derrota por los brazos ya sin brío del orador Nerprún, y el flamante y victorioso, de tela roja y alma de acero que, sostenido por los músculos vibrantes del loco Anarkos, irradiaba en la semi-obscuridad del momento como una ensalada de lucha y de venganza.

—Tengo que hablarte y en serio,—exclamó por boca del loco el rojo personaje.

El tono, alto y majestuoso, era de amenaza.

—Salúdemonos y esta vez en silencio,—contestó con cierto temo, el viejo misterioso que, naturalmente, había delegado en el verboso orador el uso de la palabra.

—¿Caliar? ¿Por qué? La pena es grande. Sea también grande el grito que la diga. ¡Has de escucharme! ¡Pese á quien pese!

Y el color del paraguas del loco aumentó al rojo de fuego.

—He sufrido; sufro,—agregó.—Voy a desahogarme. ¡No puedo más!

dad, me subleva, me temple el alma en tono de lucha, de combate viril!

Un montón de curiosos atraídos por aquella escena había rodeado á los interlocutores.

Entonces continuó así en medio del asombro, de la estupefacción de todos:

—¡Cuerdos y locos que me circundaís; oí! Se está rehebando el arte en esta tierra por los mismos llamados á dignificarlo. Se está arrastrando por el lado del retruécano burdo, de la banalidad en do mayor, lo que sólo es digno de cariño de amor y de sacrificio. Decido es huecos, palabreríos insulsos, dichos racheos fáciles, sin color y sin espíritu, no hacen falta por cierto entre la columna de los que fujan la vida. Ellos van al rezag, del mundo cuando ineptias y mareando el pas. ¡para atrás! ¡para atrás, sí! ¡oh, dolor! ¡oh, luz! ¡oh, vida! ¡oh, alma de las cosas!

Y el rojo paraguas de la venganza hizo un brusco movimiento arrojando se todo entero hacia la espalda del loco—rápido, violentísimo, como quien esquiva un golpe.

Era tiempo. Simultáneamente un sablazo formidable, hacia el rígido, acababa de descargarse sobre la ochava de la esquina á cuyo al ededor la multitud empezó á arremolinarse presa del pánico.

El Escuadrón de Seguridad acababa de hacer irrupción en las calles despejando á los curiosos á quienes consideraba como á huelguistas...



Y en el momento en que la luz ascendía estalló de esta manera la tormenta de su palabra, sin que su aterrado interlocutor pudiera interponer un razonamiento, ni una disculpa.

—Ahí va pues mi anatema. Así se descargan de su amargura los fuertes ó, si se quiere, los que están fuera de concierto, del diapason general. Y yo lo estoy. ¡Y tanto!

¡A tu sombra y en tu nombre se está prostituyendo el alma de las cosas!

¡A tu sombra y en tu nombre veo hoy al ingenio vestido de payaso encaramarse haciendo piruetas sobre las columnas ilustradas del periódico callejero, despojando en esta ocasión hasta de la gracia y la travesura del titi sobre el homero del conductor del órgano!

¡A tu sombra y en tu nombre veo al talento descender hoy de su montaña no ya para provocar la risa sana y fresca que es también luz de la vida, agua pura de marañal, esperanza perenne, sino frívolo y torpe para desganitarse en medio de la feria popular, sin otra virtud que la de hacer asomar al labio del espectador que piensa una mueca de desprecio ó de ira!

Y así sin tomar alientos, y enlozándose encima del viejo armatoste, arremetió sin consideraciones, pero dignificando aún más la protesta.

—Que ¿qué ha pasado? ¡El dolor del sometimiento de los otros, á los que quiero hermanos en arte y en ver-

—¡Ah, bárbaros!—dijo entonces.—¡Vosotros también sois los cómplices de estos grafómanos retrógados que, en nombre y á la sombra de este hermano, estan cristalizando la vida del arte!

—¡Y te voy á dar arte, macaneador sin vergüenza, que estás alborotando al pueblo!—rugió uno de los del escuadrón atropellando al grupo.

La embestida fué brutal y de consecuencias. El caballo, dirigido hacia el loco, ofuscado por el rojo vivo se desvió hacia la derecha, yendo á chocar contra el pobre Nerprún que huyó maltrecho abandonando, hecha una lastima, sobre el empedrado á la vieja y misteriosa prenda cuyos pedazos, en estado lamentable, recogía pocos minutos después uno de los agentes de policía.

Sobre la calzada, y en medio de un nuevo grupo que volvió á rodearlo, seguía flotando la roja tela del vengador salvándose del desastre sobre la fuerte espalda del loco Anarkos.

Horas después, ya repuesto de la terrible emoción, acudía Nerprún en busca de su paraguas á la comisaría seccional, en la que expuso cómo aquel le había servido de paracaídas para descender de de el cometa «Euxinos» donde, entre otras cosas, había perdido para siempre, junto con sus trasumanantes compañeros de viaje, su flamante medalla de diputado argentino.

Dib. de Giménes.

ALBERTO GHIRALDO.



EL PARAGUAS MISTERIOSO

(Novela en colaboración.—El próximo capítulo será escrito por el Dr. Enrique del Valle Ibarlucea.)

CAPITULO X

LO ILÓGICO EN LA LÓGICA

—¿Donde estoy? — se preguntó Nerprún, restregándose los ojos con furia, al despertar en la

camita estrecha, de hierro, que ocupaba el rincón más obscuro de una celdilla blanqueada, iluminada por un alto tragaluz y sin más muebles que el techo en cuestión y una endeble silla de paja.

Paseó sus miradas atónitas por aquella especie de calabozo, y siguió tratando de coordinar sus ideas.

—Después de mi discurso de ayer, después de los aplausos y las felicitaciones, salí del congreso, embriagado todavía por el triunfo. En seguida... no sé... creo que tomé un coche... con un individuo raro... ¡Vaya! pierdo el hilo... Mi vida parece un folletín de diario después de una semana de no leerlo, porque, ¿dónde diablos puedo estar?...

En esto oyéronse pasos tras de la puerta, que se abrió dando acceso a dos personas, la una baja, gruesa, de pera; la otra alta, delgada, de rostro cuasi infantil, inverosímil cuello de camisa, y ondulante y larga levita negra.

—¡El es! — exclamó Nerprún al ver al primero. — ¡Ahora me acuerdo! ¡El caballero de la Dama Blanca!...

—Vaya ¡tranquillícese y no volvamos a las andadas! ¡de buena se ha escapado! — exclamó con voz muy alta, juvenil y aflautada el de la flameante levita.

—¡Ah, doctor, es usted! — exclamó Nerprún reconociéndolo.

—El mismo.

—¿De manera que debo estar... en una casa de locos?

—Tú dixiste. Que caiga agua en señal de lluvia, y mi presencia aquí...

—También lo he encontrado en sociedad...

—Prueba al canto.

—Y entre literatos...

—Más en mi abono.

—Pero yo ¿cómo me encuentro acá? ¿Y cómo está también este caballero?

—El primer cómo se lo contestaré en seguida. En cuanto al segundo, no hay tal caballero: como ustedes suelen ser recelosos para venir, este señor es el encargado de traerlos, si puede, por medio de la astucia. De otro modo hay que recurrir a la policía, a la fuerza, al vejamen... Y los alienistas modernos estamos por la blandura, y odiamos el ruido y el escándalo...

—¿Pero y el Paraguas misterioso? — preguntó Nerprún con la ansiedad de conocer la extensión de su desgracia. — ¿Ha existido?

—Ya se lo diré. Silvestre, puede dejarnos, — agregó el médico, dirigiéndose al ex caballero de la Dama Blanca. — Ya veo que nuestro enfermo ha pasado el Rubicón.

Nerprún miró de hito en hito al alienista, aguardando nervioso su palabra.

—El paraguas es un símbolo, — dijo por fin el doctor, — y Silvestre quiso llamarle fuertemente la atención para distraerlo y llegar con mayor facilidad a sus fines.

—¿Un símbolo?

—Sí. La sociedad elegida y el gobierno, tienen centenares de paraguas misteriosos, con que se defienden de borrascas más o menos graves. ¿Se agita el pueblo? Se abre el paraguas estado de sitio. ¿La prensa se desmanda? Pues al paraguas censura previa. ¿Crecen las huelgas? Ahí está el paraguas ley de residencia. ¿Mejora el país y pueden empobrecerse los ricos? El paraguas conversión. ¿No hay que dar a los paniaguados? El paraguas unificación... Y así vaya usted contando, hasta cerca de mil. De las cinco mil y tantas leyes que

se han dictado en nuestro país, un 20 % son paraguas... misteriosos para el pueblo que no los ve, pero rebota en ellos.

Nerprún, con los ojos como platos, seguía atónito la explicación del médico.

—¿Pero, y el mío?

—El suyo es el que defiende a la sociedad elegida contra los que perturban o tratan de perturbar el orden establecido. Usted, en su discurso de la cámara, incitando a la rebelión, era una terrible amenaza: su carácter, la pureza de sus costumbres políticas, su rectitud y probidad, podían convertirse en estandarte de reivindicaciones. Pasado el primer entusiasmo, algunos alienistas lo consideraron loco; era, también, su fama ya adquirida, entre todos los que siguen la corriente y no se apartan del tipo general... Pues, con la opinión de los facultativos, no hubo más que segregarlo de la sociedad, como se hizo inmediatamente merced al paraguas de la Asistencia Pública, empujado por Silvestre...

—¿Pero usted, usted, doctor?

—Yo también lo he diagnosticado demente hasta este momento, en que lo considero en salvo de la crisis de delirio de las libertades que en un principio tomé como síntoma de parálisis general. Porque, amigo, en

este país como en casi todos los demás, al que delirar por la libertad lo paralizan incontinentemente.

Nerprún se quedó largo rato meditando. Acababa de recordar cuanto creía haberle sucedido desde que salió del congreso y tomó el coche: el Caballero, La Dama Blanca, los enmascarados, Vergüenza, Goy-cochea, el cometa Euximios...

—Sin embargo, — murmuró por fin, — en todo lo que he visto desde el discurso hay cierta lógica...

—La lógica de la locura, que es análoga a la de la vida. Esta se eree perfecta, y sin embargo, mirándolo bien no

resulta acaso tan incoherente como una novela escrita sin plan y por muchas personas? ¿La lógica? La lógica es una macana! Lo que es lógico para unos es absurdo para otros. ¿Habrá descontentos e infelices, de otro modo? ¿No recogería todo el que siembra? ¿No ascendería todo el que vale? ¿No desaparecería todo crimen, toda injusticia? ¿Vaya! si vuelve usted a hablarme de lógica tendremos que apelar otra vez a las duchas... Pero cuénteme, si puede, todo su sueño en el estado demente: siempre será útil...

Nerprún relató punto por punto cuanto ya saben nuestros lectores, sin advertir el hecho curioso de que narraba no sólo las escenas que había presenciado, sino también las que no hubiera podido ver ni aun con el don de ubiñidad.

Cuando el doctor le observó esto, convenciéndose de que había estado loco.

—Por otra parte, — dijo el médico, — aquí tiene usted los diarios desde el día de su famoso discurso. Todos hablan de mí, y por eso los tengo en el bolsillo, pero ninguno se ocupa del cometa Euximios. ¿Cómo puede, pues, haber chocado contra la tierra?

—¿Qué cómo? ¿y acaso los diarios se ocupan nunca de las cosas importantes? — exclamó el ex loco.

—Se ocupan de mí, sin embargo, — replicó el doctor. — ¡Bien! pues amigo, me sorprende su sueño, y he de contarlo a un simbolista para que haga con él un gran poema o una pieza de teatro. ¡Todo es símbolo, en efecto!





EL PARAQUAS MISTERIOSO

(Novela en colaboración.—El próximo capítulo será escrito por el Dr. Manuel Carls.)

CAPITULO XI

NO SON TODOS LOS QUE ESTÁN, NI ESTÁN
TODOS LOS QUE SON

El desgraciado Nerprún extraño peregrino, por obra y gracia de inexcrutables misterios, que desde su asiento de representante del pueblo fuera a caer en tenebroso subterráneo y viéndose luego transportado a impulsos del vértigo, hasta el cometa «Euxinos», dió con su rendido cuerpo y su alienado espíritu en la colonia de Lulín.

Como el Juño Errante de la leyenda, era la víctima expiatoria, aunque inocente, de muchos y grandes crímenes, tranquila estaba su conciencia, íntimamente su corazón, su alma serena. Pudo palidecer por un instante ante la Verberanza; pero esto mismo no era sino la serena presunción de su culpabilidad, cuando sufre que aquella debe en raras veces su rostro porque los humanos, desecrados e impúdicos, no le guardan respetos ni miramientos.

Una montaña de iras y venganzas, mal contenidas por mucho tiempo, cayó sobre las espaldas de este flamante diputado. Tenía fuerzas para soportar, nuevo Atlas. Culpable ante los ojos de todo el mundo, porque no insultó nunca a la Verdad, que encie tantas amarguras, condensáronse sobre su cabeza todas las mentiras para hacer de él una personalidad diversa de la que emergía de su carácter y temperamento y en la realización de su empresa de bonad, le pusieron piedras sobre el camino las que en él veían a un amigo de la prudencia y la moderación, inofensivo y ante al servicio de una causa santa. ¡Cuán a veces en público y en privado, se encarneció su oír, para apagar su brillante luz con el vaho de sus blasfemias!

La conjuración era infernal. Goyechea, la Dama Blanca y su Caballero, que una pluma maestra describiera con los caracteres que pintó el historiador Salazar al presentar los retratos de Catilina, Sempronio y Léntulo verdaderos émulos de estos conspiradores, enredaban sus hilos, y el primero, de víctima aparente, convertíase en victimario de Nerprún. Valiéronse de toda clase de medios para perseguirlo, como habrá visto el paciente lector durante el curso de esta narración, y creyeron a faltar así el intento de sus ideales y paralizar su tenaz y profética acción. No faltaron instrumentos para la enajenación de sus maniobras dolosas y la perpetración de sus delitos. El paraquas novísimo que elizra Anáhuco frente a Nerprún, poseedor involuntario del *Paraguas misterioso*, tenía tesoro oculto prestado por las hábiles manos de la Dama Blanca, la cual de esto último no tenía sino el nombre pues corrían muchas impurezas por su sangre. Cómplice principal o autora moral de todos los crímenes, esta dama tenía su paladín, el *Caballero*; era éste diestro en manejar la espada de la Justicia, arrebata en hora infausta de las manos de Themis; facedor de muchos entuertos, despoja de los oprimidos y heridor de cabezas ajenas para mantener ocultas las maldades y los vicios de su Dama.

Los médicos consumaron la perversa obra. Certos alienistas pusieron al servicio de los conjurados, que pagaban con creces algunas sus informes periciales. La fortuna de Nerprún era vana... La regulación de los honorarios prometía ser buena... ¡Ah! la locura, excelente medio para mantener la tranquilidad de los hogares y apartar peligros de nuestra lado...

¡Es inapreciable un alienista!... La ciencia psiquiátrica en paz de componer la caja cerebral cuando se halla medio deshecha, pudo convertir a un cuerdo en loco. La terrible maquinación recibió la sanción de la legalidad. Cierta magistrado declaró la interdicción al il de Nerprún y ordenó su reclusión en un hospicio de alienados. El código de los derechos suministraba los elementos indispensables para ejecutar el secuestro. ¡obras conjurad! No contaban con la huésped, que vendió pronto, haciendo que fracasado su primer plan, el brazo de Goyechea hundiera puntante estoque en el pecho de Nerprún... Pero no adelantemos la marcha de los sucesos.

Nuestro protagonista, malgrado suyo en el open door, ambiente para él repulsivo, sin fose allí como si estuviera agobiado su espíritu por un chaleco de fuerza. La sensación persistió durante algunos días; pero al cabo de poco tiempo se adaptó al medio, en parte para evadir la continua vigilancia de sus perseguidores. Temía que éstos exacerbaran sus rigores y pretextaran su locura furiosa para encerrarlo en la convalecencia.

Era Nerprún hombre de estudio, tenía una cultura general y muchísima facilidad para asimilarse todo género de conocimiento. Había leído, entre otros libros de clínica mental, uno famoso de un alienista de saber y de ingenio. Aprendió con su lectura que individuos de diferentes especies zoológicas, emplean a simulación como medio de mantener y defender su existencia. Aprendió también que algunas personas simulan la locura, por una u otra circunstancia, y aprovechando el recuerdo de varios casos de la clínica de su amigo Psiquiatra, dió por simular una perturbación de su inteligencia y de sus sentidos.

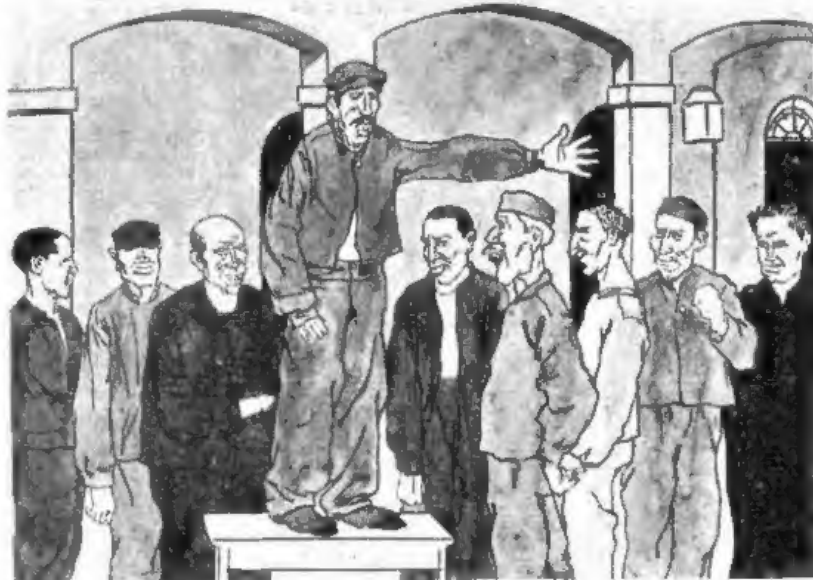
Hubo de simular, naturalmente, una manía que fuera explicable por sus antecedentes personales y su actuación política. ¡Había que ver como el diputado Nerprún, creyéndose ante la multitud plebeya ó en el recinto parlamentario, arrojaba a sus compañeros de colonia! Permitíase el director y lo toleraban los médicos internos y los inqueros, convencidos todos de la enajenación de Nerprún. ¡tan admirable estaba en su simulación!

Espléndido sagaz, profundo y observador, el diputado Nerprún conocía bien pronto los hombres de aquella extensa y heterogénea sociedad, reproducción en pequeño de nuestro mundo de hombres norma es y juiciosos; y pronto dióse cuenta de que allí estaban muchos que razaban y se conducían perfectamente y notaban la ausencia de algunos a quienes había tenido por locos cuando él mismo pasaba por cuerdo...

Un día, terminada la escena diaria en momentos en que uníase al crepúsculo de las almas el de la tierra,

se congregaron los pobres dementes en torno de Nerprún, como lo tenían por costumbre. Represando uno de los principales actos de su simulación les dirigió la palabra, ardiente, viva, entusiasta; pero en esta ocasión su elocuencia, elevada siempre, rayó en lo maravilloso. Su palabra no desmentía su talento proverbial entre sus colegas de la Cámara.

Ofante asombrados sus camaradas. Su lección de alta filosofía despertaba aquellos cerebros dormidos, y a llama de su elocuencia encendía





EL PARAGUAS MISTERIOSO



(Novela en colaboración. — El próximo capítulo, con que finaliza, será escrito por el señor Gregorio de Laferrère.)

CAPITULO XII

EL RÉGIMEN DEL BATIBURRILLO

Es claro que principio quieren las cosas y que un poco hace cientos. Nadie dio importancia a ese motín de

manicomio, de manera que el contagio fácilmente se propagó por calles, plazas y caminos. Entre piruetas cascadas y ademanes, la doctrina apareció alegre, en chaqueta se repetía y hasta los más cuerdos, por seguir la corriente, mucho después la toleraban. «Cual do todos» se equivocan, todos tienen razón», había dicho la voz del Sinái; y sin más ni menos, sin menas preámbulos, ni más distinguía imperó la ley del batiburrillo manicomio.

La tarea de Nerprún había sido colosal, estupenda y magnífica, digna del triunfo sagrado de un pensamiento milenarista. Cuatro locos fueron destinados para aprisionar a los cuatro fementidos de la banda retrograda, pero como los locos, eran locos de veraneo, a la llegada del otoño olvidaron el mandato de la Comisión, siguiendo el movimiento de la ola que los impulsaba a la «obra magna».

El dolor secular que había marchitado el alma flor de la brava gente, las lágrimas sin consuelo derramadas por la inclemencia del capital voraz, los alquileres subidos, las injusticias de la justicia organizada, la

los préstamos y el himno del trabajo, melodizando la haragancia repercutió victoriosamente en todos los ámbitos. Al movimiento incesante del progreso sucedió la calma de un perpetuo descanso dominical.

Tres épocas netandas; la del guerrero, la del sacerdote, la del ciudadano,—como la llama pura nace del fuego de mil inmundicias—la santa edad del obrero escribió el destino final del «rbe». Los hombres se congregaron alrededor de sus virtudes, las familias por el afecto vinculadas formaron pueblos taciturnos y la humanidad purificada por el Amor, quedó cubierta con el manto sin adornos de la Verdad.

El ex diputado Nerprún no cabía en sí de gozo, aunque un poco «burrido», contemplando la realización de su obra rimada al principio con síbdos, difundida a cascotazos y—ya se vela custodiada—entre hosteros, por los «leco patios de dementes, furiosos, manáticos, idiotas y zonzos de la Residencia, cuyo éxito, mal que mal, se impuso al respeto de los cuerdos que durante tantos siglos sólo habían creado dos cosas: el gobierno y el dinero, futilidades avanzadas al soplo de un orador.

Pero un pensamiento martillaba el cerebro de Nerprún: ¿qué diablos se habían hecho Goycochea, la Blanca Blanca y su gentil Caballero, que a los primeros garrotazos transformadores de la humanidad do-



exigencia de las dos firmas en el Banco de la Nación, la soberbia de los patrones, los cien centavos del impuesto al alcohol, la arrogancia de los ricos, el sibilismo del placer, todo lo inútil, lo corrompido y tradicional, todo fue barrido, descolgado y consumido por la acción inmortal del doctor Nerprún y de sus fieles, los periclitos del open-door, redimidos por el precursor hijo del botarín fecundo. No hubo poder que resistiera la pujanza de los orates, quienes garrote en una mano y el gesto del iluminado en la otra, por ahí se lo pasaban, recorriendo montes y poblados, seguidos por grupos primero y por multitudes después dando y recibiendo palizas, en la misión evangelica de transformar el mundo vigente por ese otro mundo, que salido de un manicomio, proclamaba el desbarajuste social:

«Nada de lo tuyo, ni de lo mío —oían estupefactas las humanas colmenas;— la moneda es infame, embustero es el Estado, madriguera de plebeos el gobierno; la tierra es de todos y para todos son sus frutos como el sol, las aguas y el viento, el amor y el capricho de las buenas mozas. Cada cual tenga lo necesario; luz para sus ojos, frutas para su boca, caricias para su corazón, días tranquilos y noches con sueño. No exista otra huelga que las de los sanos, quienes recorriendo las cubañas de los bosques, los ranchos de las pampas y las cuevas de las breñas, curen enfermedades, asistan ancianos y arrullicen languideces de amor. Una plegaria al cielo y paz y bienestar en la tierra, sean el dogma de la humanidad resucitada.» Y el conjunto de tanta sublimidad los ejércitos burgueses fueron aniquilados, los tronos cayeron ni para semilla quedó un comisario, de manera que los cerrojos arrumbaron y los fucos sólo para mondar duraznos ó para escarbar dientes, sirvieron. Los enemigos se abrazaban, el deudor olvidó

hiente, llevándose consigo a la Vergüenza, se habían ocul tado Dios sabe en dónde? Por cierto que las cosas no podían continuar así. El mundo sin vergüenza, no marchaba ó por lo menos se arrastraba enojo sin muleta. Desesperanzado de encontrarles el sujeto (como no alcanzó para todos, fué suprimido el título de Doctor), Nerprún en vano procuró reemplazar la vergüenza por otra cosa, verbigracia, por el poder ó el honor, por el honor? (¡uff! apostaba a burgueses!) entre tanto el mundo sin vergüenza hacia la mar de zonceras y brifonadas, se posturaba melancólico y transitaba en riguroso cutis.

Sentado en el extremo de una roca, junto al mar, una pieña sobre la otra... cubriéndose más y más meditaba el viejo Nerprún, sobre tan higiénico problema que entrañaba el boycott de las tiendas y mercaderías, cuyos artículos eran barateados con la tentadora rama de parra para las mujeres y con las hojas de higuera para los hombres, modas sinrespuntos, cuando oyó confusamente al principio, claramente al poco rato, un runrun, un rumor, el clamoreo, la algarabía de un bochinche que á él se acercaba. Era el pueblo con los brazos como guampas, señalando hacia arriba, una maravilla celeste. De lo alto del firmamento, rumbo de «Buxini», descendía misteriosamente un enorme paraguas, en cuyo mango, como palo de pajarera, muy cómodamente venían sentadas cuatro personas, sólo conocidas del atónito Nerprún. Columbiándose así, se acercaban Goycochea con su Vergüenza y el Caballero con su Blanca Dama, Goycochea amenazando con la mano á la multitud, muerto de risa el Caballero, la Blanca Dama pálida por la emoción de comparar tanta cosa al aire y cubriéndose el rostro la Vergüenza.



EL PARAGUAS MISTERIOSO

(Novela en colaboración)

CAPITULO XIII

¡ASÍ TENÍA QUE SER!

Continuaba Nerprún sobre la roca, en actitud de Margarita sentada junto al mar cuando

Entonces, sin que pudiera saberse de donde venía, una voz dijo:

—¡Bien hecho!... ¡por zonzos!...

La multitud, en tanto, se aproximaba en tropel al sitio de la catástrofe, deteniéndose confundida ante el extraño aspecto de la Vergüenza, que permanecía inmóvil contemplando los despojos de sus cómplices y compañeros.

—¿Quién eres?... —exclamó exaltándose la turba.

—Soy una descendiente de las Vergüenzas locas! (1), repuso con soberbia la Vergüenza, dirigiendo al mismo tiempomiradas ansiosas al quita sol demarras.

Unrugido de indignación brotó entonces «del alma solidaria de la muchedumbre», poco dispuesta á comulgar con candorosas mistificaciones, por más inofensivas que fueran; — y cuando al grito de muerte á la desvergonzada! preparábanse todos á ejecutar un auto defe, para escarmiento

de posibles reincidencias, la socorrida sombrillita vino en auxilio de la maltrecha virgen y permitiéndola enhorquetarse en ella, se elevó de nuevo en los aires, perdiéndose entre las nubes lejanas.

¿Se habrá salvado siquiera la Vergüenza
GREGORIO DE
LAFENRÉRE.

descendieron del paraguas—por mal nombre «el misterioso»—Goycochea, la Vergüenza y el Caballero con su Dama Blanca.

Antes de que el ingénno Nerprún volviera de su sorpresa y cuando apenas había balbuceado un inconsciente «buenas tardes» que su esmerada educación le imponía, sintióse de pronto acometido por Goycochea—el groserote de siempre—que sin consideración á sus fueros, levantóle en peso para arrojarlo al mar, como cosa que para nada sirviera.

Logró Nerprún, sin embargo, arrastrarle en su caída, asiéndose desesperadamente á la enmarañada melena del brutal agresor, que vino así á participar de la triste suerte del agredido; —y la Dama Blanca que intentó evitarlo, perdiendo á su vez el equilibrio, hubo de seguir á Goycochea, llevándose consigo al Caballero, que con exquisita galantería se precipitó detrás de ella. La Vergüenza, absorta, presenciaba impasible aquella escena.

Minutos después la onda en su reflujo envolvía cuatro cadáveres.



iiii fin.!!!

